

UN OFICIO PARA EL RECUERDO EN LA SERRANÍA: LA ESQUILA

Tomás Gismera Velasco

Los esquiladores de Fuentelsaz famosos en toda la provincia, tanto o más que los de Milmarcos a la hora de desmelenar ovejas, llevaron el oficio por toda Guadalajara y provincias aledañas. Fue un trabajo duro, sacrificado y hasta cierto punto desagradable; echado al saco del olvido por las técnicas modernas y porque la lana ya no es lo que era. Las fibras sintéticas han terminado con una de las principales riquezas de la Castilla medieval.

Estos esquiladores llevaron por los lugares en los que ejercieron su oficio su propio lenguaje, la Migaña o Mingaña. En Fuentelsaz sus vecinos aseguran que la jerga popular por la que se entendían fue inventada por ellos y de aquí se extendió a Milmarcos, claro que en Milmarcos afirman justamente lo contrario.

En Fuentelsaz, al hilo de la dedicación al esquila, trabajaron la lana para hacer mantas de pastores y cobertores para las caballerías, entre otras muchas cosas; industria, la de la lana, popular en toda la provincia, donde el rastro de telares y talleres ha dejado señas de identidad por muchas poblaciones.



El Esquileo, por Marceliano Santamaría. Palacio de la Diputación (Burgos)

En Mochales, hasta la década de 1960, funcionó un telar en el que el tío Paulino García confeccionaba talegas, sacos y mantas de retajo. Famosos fueron también los tejedores de Valverde de los Arroyos. Colchas, mantas, alforjas, costales, sayas y mantones descendieron de aquellas cumbres del Ocejón para lucirse por toda la provincia, después de ser vendidos principalmente en las ferias de Atienza, Sigüenza, y Brihuega, aunque también cruzaron la sierra y llegaron a las de Berlanga y Almazán. En Valverde de los Arroyos

tampoco queda ningún tejedor, aunque sí su recuerdo. Ni en Atienza, cuyas mantas fueron tan populares o más que las palentinas.